

—Iremos, iremos—decía Esteban, sin conciencia de lo que decía, para reanimar al infeliz.

Entretanto Guillermina fué de nuevo al chorro de la fuente, empapó el pañuelo, y volviéndose al lado de su hermano le refrescó los ojos yertos, opalinos. Todo el rostro del ciego se iluminó con radiante claridad de vida; expresó su gesto un bienestar de placidez inmensa, y buscando el regazo de Guillermina inclinó sobre él la cabeza.

Ella, que conocía las dolorosas crisis, le acarició con dulzura de madre, como á un niño pequeño. Él fué quedándose dormido. Era la sedación del terrible estremecimiento. Esteban y su novia oyeron el acompasado ronquido del durmiente, y los dos juntos le miraron. Veíanle con tristeza, con honda compasión, y hablaban en voz muy baja para no interrumpir el sueño de paz.

—Tú tienes la culpa—dijo Esteban;—con tus locas ideas le contagias ese afán de correr sin ton ni son el mundo entero. Es el mal que heredasteis todos y que á todos os impulsa.

—Es verdad; tú tienes razón. Te ofrezco impregnarme de buen juicio y buen sentido. El buen sentido ¡ay! gobierna el mundo. Tú verás; desde mañana soy otra; seré otra. Lecciones, más lecciones, sólo las lecciones. Pero, Dios mío, ¿qué locura es esa de pretender ser una artista que recorra el mundo cosechando gloria y algo más que gloria, sí, señor, cosechando muchísimo dinero? ¡Como si la gloria fuese necesaria para ser felices! Ya ves tú; ahora mismo, aquí sin gloria soy feliz, contigo á mi lado y con Antolín dormido en mi regazo. Tú sí; tú conquistarás la gloria, será grande y poderoso tu arte. ¿Para qué más gloria ni para qué más arte? Pues qué, ¿la vida es esto solo? No, señor; en la vida hay otras cosas, hay otros placeres y otros dolores. Verás qué chusco: ahora recuerdo yo aquello que tú me dijiste que dijo un Sr. Bartrina: «¡Cuántos hombres hay felices que no saben quién fué Dante!» Nada, nada: lecciones, la prosa, la noble y viviente prosa de las lecciones; ir repartiendo el arte á pequeñas dosis, á pedacitos, de puerta en puerta, de casa en casa. Yo no seré una artista música; seré la música misma, que va y viene, entra y sale, sube y baja

alegrando los hogares, siendo el regocijo de las familias. Tendré muchas alumnas, muchísimas discípulas que sorberán en mí el divino arte como yo sorbo el agua divina de esa fuente. Vamos á ver, ¿qué dices tú de todo esto? No dirás que no soy mujer de juicio, de sensatez y cordura.

—Sí; la lección de las Sagrarios te dará muchas lecciones; son gentes que pueden; ellas te abrirán camino. Adelante; así me gusta, Guillermina.

—Viva la prosa; guerra á muerte á la poesía. Sólo es real la vida, y sólo es vida la que impone el mundo. Pues vivamos.

—¿No dices que las tres niñas de Sagrario te quieren mucho?

—Con frenesí, con locura; me quieren, me adoran. En cuanto me ven aparecer por los salones tristes, saltan y brincan; retozan de alegría. La mayor, Gracia, me coge de las manos; la más pequeña, Alicia, me abraza por la cintura; y la otra, Alma, me tiende los brazos por el cuello. Las tres ríen, las tres cantan; todas reímos y todas saltamos. Tiene que venir la señora á poner orden; viene, pero no pone orden, porque, al verla, los tres diablillos..., digo; los tres angelitos, se insubordinan; las tres se cogen de la mano, forman corro, me encierran dentro y bailan alrededor cantando á coro la lección de solfeo. Como vivieron siempre en el campo, están..., sí, están un poquitín cerriles...; no, cerriles no; al contrario, están rústicamente civilizadas. Que no te rías. Te aseguro que están civilizadas. Son corderillos que saltan y triscan. Parece que sus brincos y sus cantos desentonan en el lúgubre fondo de aquellos tapices, de aquellos cuadros, de aquellos cortinones, de aquellos muebles; pero no, señor; no son ellas, son los cuadros y los tapices los que desentonan. Yo no sé por dónde, sin duda por Agueda, saben que tengo novio y saben que es pintor mi novio. Me preguntan por tus cuadros y yo les digo que son cuadros de colores brillantes y alegres, no renegridos y embetunados como aquéllos. Y charla que te charla nos olvidamos de las lecciones; pero al fin trabajamos, que para eso me estoy allí las horas y las horas. ¡Santa prosa de la vida, cuánta poesía guardas en tu seno!

Al llegar aquí Guillermina, oyeron pausada, cortada y débil la voz de Antolín que hablaba entre sueños. Al principio oían su voz sin comprender las palabras; después oían palabras sueltas, frases dispersas sin ilación ni sentido: «Aquí dormiré, reclinado sobre el morralillo que es mi tesoro.»

—¿Oyes?—dijo Esteban.—Está soñando.

—Sí; con las carreteras; duerme sobre el polvo de los caminos. Es su sueño. No le despiertes.

—¡Desgraciado! Hemos de curarle.

—¡Curarle!.. ¿Pero tú crees?..

—Digo curarle de sus sueños.

—¿Y qué le dejarías entonces?

—Vas á volverle loco.

El durmiente volvió á balbucir con apagado acento frases absurdas: «¿Dónde está mi morralillo? ¿Quién es el canalla que me roba el morralillo? En vuestra compañía no iré á ninguna parte, mendigos asquerosos. Apartaos, que tenéis sarna y lepra. La huelo, me dais asco; sois la chusma. Dejadme pordiosear al lado del camino.»

—Despiértale; es una pesadilla.

—Esteban, Esteban mío, ¡qué desgraciados somos! Déjale; ahora vuelve la cabeza; descansa. Está tranquilo.

Guillermina, aunque estaban sentados en un ribazo sombrero, abrió la sombrilla para amparar de la luz, bajo ella, á su durmiente hermano; el rostro de éste, que estaba teñido, con el verdor del ramaje, de lividez cadavérica, se bañó en una atmósfera rosada que le teñía de rojez suave, vivifica. Venían las moscas y los moscones de brillantes alas á posarse sobre sus mejillas, y la Torrecilla apartábalas con mimo de madre.

—Ahí le tienes; ciego y todo—dijo ella,—admira más que nadie tu arte. Más que nadie, no. Yo le admiro más que todos. Si pensarás tú que te quiero por tu cara bonita; no, señor; yo te quiero por tu arte, por tus cuadros. Debías de venir aquí mañana mismo y pintar este rincón en que somos felices un momento, en donde yo te digo que te amo para recordarlo luego siempre. Pin-

talo, le ponemos luego un marco de oro, y cuando pasen los años, cuando seamos tú y yo viejos, mirando este rincón, diremos: ¿Te acuerdas?

—Yo no puedo pintar esto; ¡si no hay asunto!

—Grandísimo tonto, ¿que no hay asunto? Todo mi cariño ¿no es asunto? ¿Yo no soy asunto? ¡Se habrá visto! Tendré que coger los pinceles y enseñarte los grandes asuntos. Sabes lo que te digo: no eres artista si no sientes lo pequeño, lo diminuto, lo más insignificante de la vida. No, nunca serás artista si no lo sientes. Mira, mira esa mosquita de alas verdes como piel de lagarto; si yo supiese pintar, pintaría esa mosca verde bajo mi sombrilla roja:

El ciego, removiéndose, volvió á gemir palabras:

—Pues vienes de lazarrillo, con la guitarrilla á cuestras. Toca, toca las cuerdas del guitarrillo; verás cómo nos dan limosna.

Y luego, con débiles gritos que se ahogaban entre la falda de Guillermina, añadía el infeliz:

—Una limosna, por el amor de Dios, una limosna.

Todos callaron. Aquella pesadilla acongojaba á los despiertos; pero Guillermina no quería despertar al ciego porque ella lo dijo:

—¿Ves tú? Mientras duermo, ve cosas.

—Una limosna; déme pan si lleva, buen cristiano, yo no pido limosna de cariño; eso no es limosna.

El corazón de la hermana latió recio; con voz dolorosa llamó á su hermano. Este salió del sueño, y al volver á la realidad tuvo una sonrisa amarga.

—¿Descansaste, Antolín?

—Sí; me parece que he dormido. ¿Dónde está Esteban?

—Aquí está con nosotros.

—He visto tu cuadro; creo que le he visto; tal cual me le describiste lo he visto y es hermoso.

—Mira que son las doce; es hora de volver á casa. Si tardamos, nos riñen.

—¡Miedosa! Cuando yo ande por las carreteras nunca será tarde; siempre será temprano, porque ni me esperará nadie, ni yo es-

peraré nada. Para el que no espera nada, fijate un poco y verás como nunca es tarde. Tanto me importarán las horas como los minutos; tanto valdrá un día como un segundo. Vosotros decís: ahora es de día, ahora es de noche... Bueno, bueno; vamos para casa.

Los tres se levantaron y con lento andar fueron hacia la ciudad buscando las sombras de los árboles porque el sol radiaba lumbre. Durante todo el camino Esteban habló mucho del cuadro que en la Exposición tenía expuesto y de la negra injusticia que con él habían cometido. Y, cosa sabida, todo era fruto ponzoñoso de la envidia; una envidia terrible, sañuda, declarada. Era patente, todo el mundo lo había visto; el jurado en contra, todos en contra. Es mi arte, es mi color, es mi pincelada que se les resiste. Pero á mí no me importa, yo sigo adelante, soy terco, no, soy tenaz, porque tengo una idea, mi idea, y ellos se resisten á que yo tenga una idea mía, mía; quieren que me someta á la idea de ellos y yo no me someto, no puedo someterme. Es dignidad, no es soberbia; es el arte que me lo impone, que me manda ser firme en mi idea. ¿Qué me ofrecen por someterme? Una medalla. ¿Qué medalla me ofrecen? ¿De segunda? ¿De primera? Ni de segunda, ni de primera; que no me pongan precio, porque yo no me someto.

Y al hablar así erguía el busto del gallardo artista, levantaba al cielo la cabeza como si implorase la aprobación del cielo. Y la aprobación la tenía allí mismo, á su lado, en su novia y en su amigo que le oían convencidos de la negra, de la villana injusticia. Guillermina y su hermano estaban prontos á proclamar en mitad del bosque, en medio de la espléndida naturaleza, la gran injusticia de los hombres.

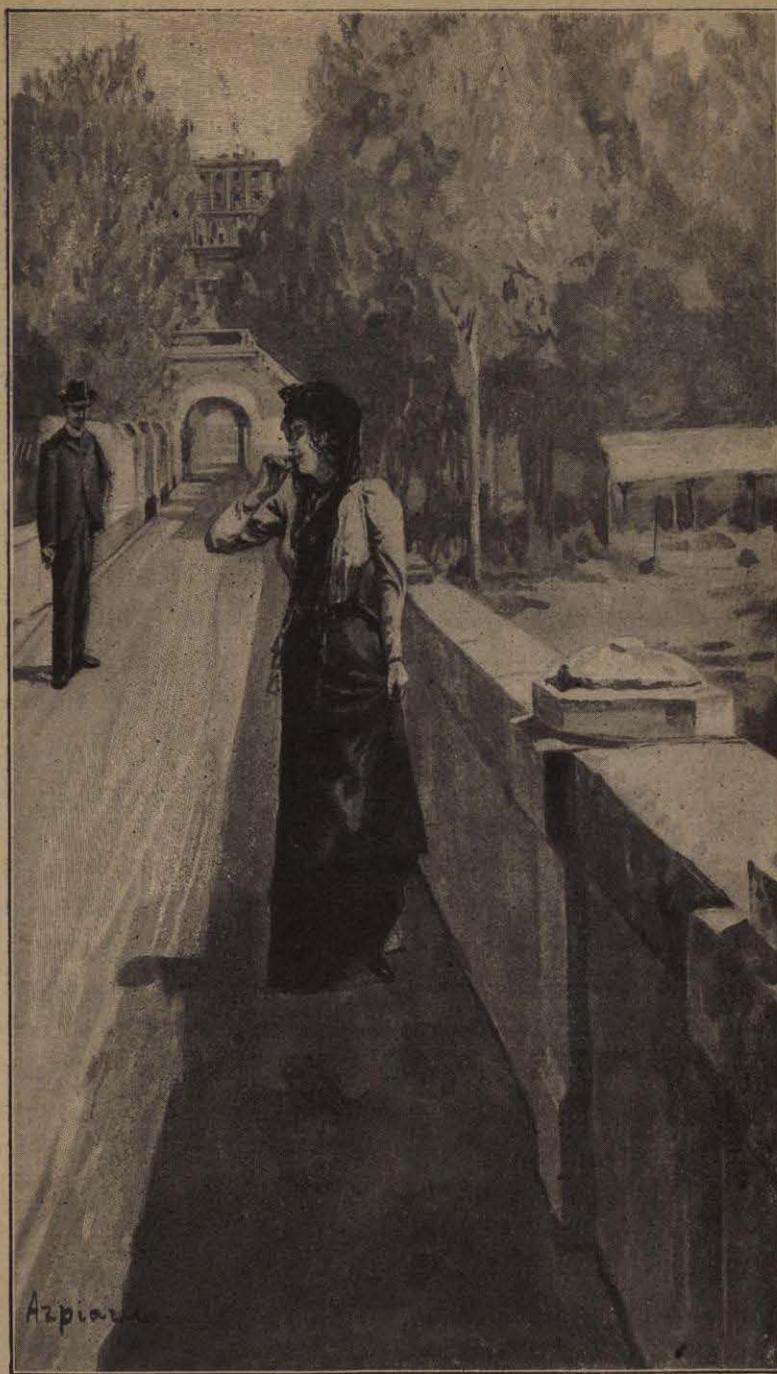
Esteban sentíase confiado en esta aprobación ardiente, aunque muda, y reanudó después de una pausa el lamento triste de su desgracia. Al hablar de ella, su rostro resplandecía hermoso, iluminado por una llama oculta que para Guillermina era la luz del genio; la que inspiraba á su novio, la que hacía de él un artista grande, innovador, no comprendido.

—¿Qué me piden? ¿Sabéis lo que me piden? Arte académico,

arte frío. Ni yo soy académico, ni yo soy frío. Antes rompería paleta y pinceles. Lo que más les desconcierta, ya os lo dije, es aquella hermosa gama de carmines en que envolví al sol poniente. ¿Qué me dijeron? Me abrasa la lengua al repetirlo: eso no es sol poniente, es luz de horno. Y hasta un crítico se atrevió á decir de mi cielo que con sus colorines bermejos y amarillos era un cielo muy patriótico porque estaba cubierto de bandera española. ¡Frasas, chistes! Debo advertiros que este critiquillo fué en sus mocedades un pintorzuelo de tres al cuarto. Pues sepan que es el último año que Esteban Aliaga expone. Mi obra del año que viene irá á Munich ó la mandaré á Viena ó la dejaré en mi casa, que yo no pinto para que me admiren, ni para que me comprendan, ni para que me premien, ni siquiera para que me paguen. ¡Ah! Si yo pintara para que me pagasen, cultivaría como ellos el retrato, el cromó. ¿Acaso no vienen á mi estudio á decirme: Aliaga, quiero que usted me retrate? ¿Y qué les respondo? Yo no retrato porque no soy adulator de rostros; Aliaga no pinta más que lo que quiere.

Al decir esto paróse un momento, sin duda para dar á sus palabras toda la firmeza de su conciencia artística. Los tres se pararon; estaban en mitad de una plazuela; el sol, poderoso, fuerte, caía abrasador sobre ellos. La cara del artista, bañada en luz, refulgía con sonroseo pálido, y la barba, el bigote, los rizos de la melena eran nimbo de oro que brillaba hermoseándole. Entornó los ojos como si el pensamiento huyera y quisiese prenderle, como desvanecido por el dolor de la herida recibida; estaba soberanamente hermoso en su altivez de artista postergado y no comprendido. Guillermina le miraba compadeciendo hondamente, tiernamente, la tristeza del amado: Y quiso alentarle prodigándole palabras de suave, de blando, de caricioso estímulo que él recibió como las caricias del sol, como algo que á él solo le era debido, sin mirar siquiera la boca que con sus frases de mimo le acariciaba.

Cuando salieron de la Casa de Campo se detuvieron en el puente sobre el Manzanares. Allí debían despedirse unos de otros y tomar cada cual su camino, porque Esteban no vivía en las Vistillas; allí tenía su estudio, pero su casa estaba lejos.



Guillermina volvióse para ver á Esteban...

En mitad del puente se detuvieron, envueltos en la atmósfera abrasada. Una luz deslumbradora caía sobre el amplio paisaje que desde allí se domina, abriéndolo con reflejos plateados. Inclínados sobre el pretil, veían el largo telón de la sierra que estaba envuelta en una neblina luminosa; parecía más alejada que nunca; apenas si destacaban las crestas azules, de un color desteñido, sobre el cielo intensamente luminoso. Hasta las densas matas de arbolado parecían azulear bajo aquel cielo que manaba luz de blancor deslumbradora, cegadora. Guillermina y Esteban se miraban entornando los párpados, casi cerrados los ojos, que no podían sorber la ardorosa radiación; hasta las aguas del río parecían corriente de lumbre de tanto como rebrillaban y resplandecían. Todo el paisaje era un incendio blanco, de dibujo borroso, tras una calina argentada. Y no obstante los calores intensos, aún traía caudal el río; eran las últimas aguas del deshielo, los últimos rezagos invernales que pasaban á la vera de la ciudad de prisa, como avergonzados de su retraso en aquellas horas de inmenso bochorno, ansiosos de atravesar pronto la abrasada meseta, de fundirse con las aguas del profundo Tajo y hallarse en el mar.

Los tres, inclinados sobre el puente, pensaban en una misma cosa, porque el ciego, aun sin ver las aguas, adivinaba su violento curso. Además oía el leve rumor de corriente que se desliza precipitada.

—Yo no me canso nunca de ver correr un río—dijo Guillermina.

—Son la imagen de la vida—dijo enfáticamente Esteban.

—¡Pensar que esta agua tan transparente baja de aquellos picos fronteros y va derechita á los abismos del Océano!

Y acercándose mucho á Esteban, hablándole muy quedo, casi al oído, como si sus palabras fuesen rumor del agua:

—¿No te parece á ti que nuestras vidas van á la inversa? ¿No te parece que vamos en dirección contraria, subiendo, subiendo siempre desde las profundidades de nuestra miseria hasta las cimas altas?

Y como viese que su novio nada respondía, ella añadió:

—No me lo niegues; aunque sea mentira, no me lo niegues; déjame la ilusión siquiera, déjame pensar que con nuestro arte subiremos hasta las cumbres. ¿Verdad, Esteban mío, que tú y yo subiremos?

—Os lo vine diciendo: vivo para mi arte, para mis pinceles. Con él llegaré, ten la seguridad de que llegaremos; yo no sé cuándo, porque remo contra corriente, contra la envidia arrolladora; pero un poco más tarde ó un poco más temprano, ¿qué importa? El toque está en llegar y llegaré.

—Llegaremos, Esteban—dijo la Torrecilla imperiosamente.

—Sí, llegaremos, llegaremos.

Y allí mismo se despidieron. Guillermina, llevando á Antolín de la mano, fué á buscar el otro puente más abajo, arrimándose mucho á las tapias de la Casa de Campo para recibir la frescura de la sombra proyectada por los añosos árboles que desbordan por encima de las bardas.

Guillermina volvióse para ver á Esteban, y le vió que caminaba despacio por el puente. Iba arrogante, erguido, hermoso, bañado por la lumbre solar que parecía envolverle en una caricia de amor.

También él se volvió á verla. Saludáronse de lejos. Esteban levantó la mano hacia lo alto para decir adiós con ella, pero más bien parecía repetir la última frase: llegaré. Aquella actitud soberbia, levantada la diestra al cielo, tenía acento de firmeza, de convicción profunda, de varonil arrogancia. Al menos Guillermina lo interpretó de esta manera y parecióle Esteban hermoso como nunca, y si el ardiente sol de junio le envolvía en una caricia amorosa, ella le envolvió también en su mirada llena de anhelo. Tuvo impulsos de gritar: ¡llegaremos, llegaremos!

CAPÍTULO IV

Así que Esteban se halló en las calles de la villa, se detuvo vacilando un momento y preguntándose á sí mismo: «¿Hoy dónde como?» La calle soleada estaba solitaria en aquellas horas de calor, y cobijándose en el hilo de sombra que proyectaba el alero de un tejado, reflexionó este punto: «Hoy es domingo y mi madre puede que me aguarde; hoy ella come en casa.»

Inconscientemente comenzó á caminar con rumbo á su casa, pero su paso era vacilante, impulsado por una voluntad poco segura de sí misma, y así al doblar la primera esquina cambió de de ruta y metióse resuelto por una maraña de calles angostas que iban enlazándose unas en otras por esquinazos y esconces irregulares ó mediante diminutas plazoletas que no eran más que las mismas calles tímidamente ensanchadas.

Estaban también solitarias, silenciosas, aquellas angostas vías, pero el sol que caía de plano dábales apariencias de animación y de vida. Semejaban una hoz abierta trabajosamente entre dos montañas; allí los taludes eran paredes sucias, desconchadas, feas, abiertas aquí y allá por largos y estrechos balcones de mugriento balconaje ó por ventanucos de grueso enrejado. En algunos de aquellos huecos pendían cortinajes de colores chillones, rayados de estrepitoso rojo ó de un azul desentonado y violento. No faltaban, sin embargo, algunos miserables tiestecillos de geranios, cuyas flores de fuego se esponjaban al recibir los rayos del sol que, por caso extraordinario, inusitado, descendían un momento hasta aquellas angosturas. Parecían vías abandonadas de una ciudad muerta. Esteban caminaba solitario por ellas, con el abandono del que conoce la revuelta maraña de encrucijadas. Por eso él iba casi á ciegas, con los ojos tan entornados que apenas veía al andar el suelo; porque si miraba hacia él, el sol ful-